

NIDIFICACIÓN DE ALGUNAS AVES DE SAN LUIS

Por DORA OCHOA DE MASRAMON



D. O. de Masramon

Nacida en la localidad de Concarán, San Luis, donde reside, la señora Dora Ochoa de Masramon, maestra normal nacional, desempeña la cátedra de cultura musical en un instituto secundario. En su actuación literaria ha publicado cuentos infantiles, leyendas y artículos sobre folklore. Su afición por las manifestaciones de la naturaleza surge por el continuo contacto con ella, y la ha inducido al estudio de la vida de las aves del noreste de su provincia. La Dirección de Cultura de San Luis le adjudicó un premio por su mérito obra, inédita, titulada "Cien Aves de San Luis".

Divisiones fisiográficas perfectamente delimitadas forman el paisaje puntano, rico en ambientes y completo en situación, pues su ubicación central lo hace una zona de transición, donde, en sus Sierras Pampeanas que recogen el monte campestre de los valles, en sus llanuras entibiadas por los jarillales, en su estepa gramínea, en sus ríos y arroyos, represas y lagunas, a los que se suman los diques de embalse y canales distribuidores que han hecho posible mayores extensiones de cultivo y pastoreo, tienen su hábitat aves que figuran en comarcas circundantes y regiones más apartadas, y que, según el doctor Jorge Casares, "si bien existen especímenes de la zona Andina, predominan, a primera vista, las aves bonaerenses: el tero, el hornero, el benteveo, la tijereta, el picaflores verde, el ovejero y muchas otras más, a las cuales se agregan subespecies propias de la región y hasta alguna del noroeste argentino".

Comparando las aves mencionadas por J. Casares en "Aves de Estanzuela" ⁽¹⁾ y por William H. Partridge en "Observaciones sobre las aves de las provincias de Córdoba y San Luis" ⁽²⁾, con las que hasta la fecha he comprobado su existencia en esta provincia, se deduce que son, salvo excepciones, exactamente las mismas en Córdoba y San Luis, aun cuando, según Partridge, las especies características de los bosques de San Luis difieren de las de

la región serrana de Córdoba. Entonces, aunque las preferencias de hábitats y la cantidad de especies comunes en ciertos lugares difieran en más o en menos, siempre son las mismas. Igual comprobación resulta con las aves señaladas por A. Castellanos en "Aves del Valle de los Reartes (Córdoba)" ⁽³⁾, de situación análoga a nuestro Valle de Concarán, ambos encerrados y alternados entre las cadenas de montañas más importantes del sistema central o grupo puntanocordobés, ya que el de Reartes y su continuación el de Calamuchita se hallan entre la Sierra Chica y Sierra Grande, continuada ésta en territorio puntano por la cadena de Comechingones, límite oriental del Valle de Concarán, indicado a veces como Valle de Conlara, por estar regado por el río del mismo nombre, y que se extiende hasta la Sierra de San Luis.

En lo que se refiere a nidificación de esta avifauna, las alternativas topográficas con las consiguientes variaciones de vegetación, modifican hábitos de una misma especie en otras regiones, pues el panorama puntano le ofrece casi siempre la generosa hospitalidad de las ramas de su "churqui", es decir, el bosque criollo, chato y espinoso, tan característico de la zona central de nuestro país. Allí, entre la verde ramazón abundante y fuerte que sostiene el follaje laxo y caduco del Chañar (*Gourliea decorticans*), o las gruesas

(1) El Hornero, Vol. 8, Nº 3.

(2) El Hornero, Vol. 10, Nº 1.

(3) El Hornero, Vol. 4, Nº 4 y Vol. 5, Nos. 1, 2 y 3.

ramas serpentiformes y a veces cubiertas de líquenes, del Algarrobo (*Prosopis* sp.), se destacan los nidos del Hornerito de copete, que en lenguaje regional llaman Hornero-caserita (*Furnarius cristatus*), evidenciando la fina artesanía de estos pájaros, muy comunes y montaraces, amantes de las plantaciones arbóreas o pleno monte.

El Hornero (*Furnarius r. rufus*) es más sociable que el anterior, y no desdén las cornisas de las casas de campo o sus parrales para construir sus nidos. Gusta frecuentar los patios de las casas de los pobladores en procura de residuos para alimentarse, y con la gente hace buena amistad.

El Pito-juán (*Pitangus sulphuratus bolivianus*) nidifica generalmente a una altura que es imposible trepar, ya sea en álamos de 7 u 8 metros, o en las horquetas más elevadas de las leguminosas. Construye sus nidos en forma globular con paja y abundante lana, de la que pierden las ovejas en los alambrados o que encuentran en algún patio campesino donde suelen ir en busca de residuos, especialmente carne. Sus tres huevos son de color crema con manchas y pintas pardo rojizas.

A principios de noviembre, al recorrer un valle arenoso cubierto de Jarillas (*Larrea divaricata*), cuya ramazón flexible no da seguridad a un nido voluminoso, hallé en un Cardón solitario (*Cereus* sp.) de 2 metros de altura, el canasto de espinas de Leñatero (*Anumbius annumbi*). La parte exterior de estos nidos está construida con numerosas ramitas y espinas entrelazadas con gran destreza y habilidad, y dentro de esta trama compacta, se encuentra el verdadero nido entretejido con fibras vegetales y ramitas muy blandas, adheridas, y con la forma de la cavidad que lo contiene.

A mediados del mismo mes de noviembre pude ver a otra pareja de Leñateros en plena tarea de construcción, pues ya habían empezado el nido en la horqueta de un pequeño algarrobo, a un metro del suelo, situado en un campo de alfalfa. Cuando estuvo terminado, su circunferencia en la parte más ancha llegó a 1,15 m. El túnel de entrada, después de un tramo de 0,25 m., forma un rellano y se tuerce hacia la derecha, hasta dar, a los 0,20 m., a

la cámara de nidificación. Las posturas llegaron a cuatro, y a los trece días nacieron los pichones completamente desnudos, de piel rosada y comisuras blancas. A los dos días les empezó a aparecer en el lomo y flancos una pelusa larga y blanquecina, haciéndose más visible cada día, hasta que a los cinco días la rabadilla mostró un leve asomo de plumones. Los padres no permanecen en el nido porque andan buscando alimentación para sus polluelos; pero mientras la hembra empollaba, el macho, al parecer, descansaba en el rellano porque al acercarme volaba al sentir mis pisadas y luego lo hacía la hembra, cuando no se dejaba estar y la tocaba con mi mano. No pude seguir la evolución de estos pichones porque a los seis días desaparecieron. Quizá los sacó un Halcón canela porque en la entrada del nido había plumas encajadas en las ramas espinosas, y ahora se ha convertido en dormitorio, que, según las deyecciones acumuladas, debe ser del mismo o de otro halcón.

A poca distancia hay una plantación de acacias, donde en una de más de 8 metros está haciendo el nido otra pareja de Leñateros. Son muy bulliciosos mientras arreglan prolijamente las ramas, dejando hacia afuera la punta de las espinas.

En las espesuras formadas por Churquitalas (*Celtis tala*), Tulisquines (*Grewia* sp.), o en los matorrales de palmeras (*Trithrinax campestris*) de los valles y zonas serranas anidan los Gallitos de cerco (*Rhinocrypta lanceolata*), que hacen el nido según el lugar, con gramínea Pata de perdiz (*Cynodon dactylon*), u otras gramíneas del género *Stipa*, o con las fibras de Palmeras. Uno de estos nidos estaba disimulado en el tronco principal, ya que tenía tres secundarios, de una palmera Caranday, de las muchas que existen en las faldas occidentales de las sierras de Comechingones y San Luis. Es casi globular, con una circunferencia en su parte más ancha de más o menos 0,47 m. con la entrada al frente de 7 centímetros de diámetro, y entretejido con fibras de la palmera nombrada y pajas, con un colchón de pelos de mamíferos, elementos que suelen ser reemplazados por plumas o por las sedosas barbas de Loconte (*Clematis hilarii*). La postura es de dos huevos blancos, semejantes en aspecto y ta-

maño a los de la Paloma torcaz (*Zenaida auriculata*).

Si bien es cierto que las Cachirlas no anidan, pues aprovechan algún pequeño hueco o depresión del terreno, pero sí tratan de mullirlo efectuando apresuradas escarbadas que unen más los palitos o pajitas que hay alrededor. He podido apreciar este relleno en un nido con cuatro huevos, de color blanco sucio con manchas pardas y grisáceas, perteneciente a la Cachirla de uña corta (*Anthus furcatus*), en un terreno llano con pasto de campo.

Los fringílidos son muy prolijos para la construcción del nido. El Picahueso (*Saltator aurantirostris nasica*) anida en el monte espeso, generalmente en los Algarrobos (*Prosopis* sp.), en cuyo caso forma el nido con sus ramitas frescas, quedando así confundido entre la fronda. La pérdida de su verdor coincide con el vuelo de los pichones. Pone cuatro huevos en verde claro con pintas y manchitas negras, como si fueran letras, en su polo obtuso. Nunca los vi parasitados por el Tordo (*Molothrus bonariensis*); en cambio a fines de noviembre encontré en una maraña de Locontes y Piquillines de víbora (*Lycium* sp.) que cubría un alambrado, un nido de Siete vestidos de collar (*Poospiza torquata pectoralis*), diminuto cestito tejido con raicillas y fibras, que contenía sus tres huevecitos blancos con pintas negras, más uno de Tordo. He visto varios de estos nidos, pero es la primera vez que lo observo parasitado, lo que resulta interesante si se tiene en cuenta que el huevo del huésped es casi tres veces de mayor tamaño.

En unas matas de Paja brava (*Melica macra*) un nido de Chingolo (*Zonotrichia capensis chloroaula*) lucía entre sus tres huevos manchados, uno muy blanco, al parecer de Palomita de la virgen (*Xolmis irupero*), conducta extraña, si así fuera, porque esta avecita nunca parasita. A los pocos días nacieron los pichones; el ajeno más grande y tan pedigüeño como los legítimos; pero fue imposible su identificación porque a los tres días desaparecieron víctimas, quizá, de alguna alimaña. De cada tres nidos de Chingolo uno se pierde, ya sea porque el Tordo rompe sus huevos, o se los come el Cachilote (*Pseudoseisura lophotes*), o sus polluelos son devorados

por las hormigas negras (*Acromyrmex lundii*), etc.

A fines de septiembre ya empollaba sus tres huevos la Palomita de la virgen o Monjita (*Xolmis irupero*) a medio metro del suelo, en el nido que había hecho en el travesaño de un corral protegido por una lata que hace tiempo está clavada ahí. El nido se compone únicamente de plumas, con las cuales rellena la cavidad elegida, ya sea el hueco de un poste, de una pared vieja, de alguna vasija abandonada o de los hornitos de Horneros y Horneritos de copete.

A mediados de febrero, entre el zinc del techo y la pared de una casa de campo, empollaba sus cuatro huevos de color verde claro brillante una Bandurrita (*Upucerthia certhioides luscini*). Su nido era una cavidad rellena con pajitas desmenuzadas y pelos de cuís. El macho gritaba constantemente a su alrededor, y por momentos entraba bajo el techo, permanecía un rato callado y aparecía para continuar gritando con voz fuerte y sonora.

Los Corbatitas (*Sporophila caerulescens caerulescens*) son muy afectos a anidar en los frutales de las quintas, donde asientan el nido en la horqueta formada por dos o tres ramitas. Es construido exclusivamente con raicillas de gramillas y algunas ralas cerdas. Es transparente; a través de su tejido se ven los huevos. Un nido que encontré el 24 de enero apareció sin huevos a los tres días. Otro que el 5 de febrero tenía también tres huevos, tuvo el mismo destino. Los huevos han sido reventados porque había vestigios de la yema. Quizá los coman las Urracas (*Guirra guirra*) o algún Col col (*Coccyzus melacoryphus*).

Para terminar, y para no extenderme tanto, detallo ligeramente el lindo espectáculo que observé en el jardín de una casa vecina. En una ligustrina (*Ligustrum sinense*) de más de 2 metros colgaba de un gajo un nido de Picaflor verde con dos polluelos, y de otro, uno del pequeño tiránido Mosqueta (*Myiophobus fasciatus flammiceps*) también con dos pichones. Dos madres diferentes: una inquieta y veloz que vigila su nido, suspendida en el aire, y la otra, serena y diligente para calmar la voracidad de sus hijitos. Al volver éstos, me regalaron el nido.